DOMINGO DE PENTECOSTES-CICLO B

Después de los cincuenta días de la resurrección de Jesús, la venida del Espíritu Santo será clave para la comunidad de los apóstoles que se encontraba reunida en una misma casa. Las tres lecturas de hoy, leídas en forma unificada, nos dan muchos elementos para reflexionar en este día. También la secuencia que se leyó antes del Evangelio, tiene mucho para decirnos, pero hay que hacer opciones. Hay mucho para comer, pero no hay que comer todo. Un pequeño bocado puede ser muy sustancioso para alimentar el alma en este día.

Primero que nada el Espíritu Santo es una persona; no es una cosa, ni una paloma, ni fuego, ni viento. Según las Escrituras, se ha manifestado con estas imágenes para que el ser humano, que le cuesta captar lo espiritual, pueda darse cuenta de la presencia del Espíritu de Dios. Doy algunos ejemplos: a veces decimos de un niño que tiene el mismo espíritu de su abuelo, o que una hija tiene el mismo espíritu de su madre. Es decir, tanto el niño como la niña, tienen algo que los hace parecidos o muy similares a sus progenitores o ascendientes. Hay algo que los identifica por lo cual todos los que los ven y comparten con ellos, captan esta similitud. O por ejemplo también decimos: este joven tiene el espíritu salesiano, porque hay algo en él que lo hace muy parecido a Don Bosco. Y así podríamos dar muchos ejemplos. Pero el Espíritu Santo es muy superior a estos ejemplos. El Espíritu Santo es quien nos hace similares a Jesús, y es la razón por la cual nos llamamos cristianos. Justamente en el Bautismo recibimos este don de asemejarnos a Jesús. Este don que recibimos del Espíritu, tiene una particularidad: permanece siempre dentro de nosotros, ya que en el Bautismo lo recibimos como semilla que queda sembrada en nuestro ser. Pueden ocurrir dos cosas: que esta semilla sea siempre semilla (es decir que no se desarrolle) o que se convierta a medida que pasa el tiempo en una planta y después en un árbol. Y ¿cómo lograr que se desarrolle? Depende de dos cosas: sobre todo de la gracia de Dios y en segundo lugar de nuestra disponibilidad para que Dios actúe en nosotros. En este caso sería, para que el Espíritu actúe en nosotros.

Ahora bien, según la segunda lectura, en el mundo actúan dos tipos de espíritus: el espíritu del mal y el Espírito de Dios. ¿Cómo nos damos cuenta de uno y del otro? A veces, cuando estamos metidos en medio de grandes problemas, nos enceguecemos y nos dejamos llevar por los frutos del mal: la discordia, los celos, las divisiones, la envidia, etc. (son muchos los malos frutos). Pero si dejamos que el Espíritu actúe, nos encontramos con los frutos del amor, de la bondad, de la alegría, de la paz, de la magnanimidad, de la fidelidad, de la paciencia… Son muchísimos más los frutos del bien, pero en medio de la lucha diaria, no siempre nos damos cuenta de tantos frutos buenos que nos rodean o que crecen en nosotros. Voy a dar un ejemplo: si voy a hacer Adoración al Santísimo y me siento como en el cielo, y después cuando tengo que tratar con mis hermanos, la caridad no existe, hay algo que no funciona porque las dos cosas, tanto la oración como las obras deben ir al unísono. Cristo está en el Sagrario pero también en el hermano. Por supuesto, no es fácil, y más aún cuando el hermano es alguien que no soporto o es alguien que me ha hecho mucho daño. A veces es tanta la rabia que nos ataca, que nos dan ganas no sólo de eliminarlo del whatsapp (eso es fácil) sino también hacer de cuenta que no existe. Creemos que las dificultades en las relaciones humanas se dirigen o se resuelven con mensajitos y bloqueos. En realidad no tomamos conciencia que el problema lo tenemos nosotros, muy dentro nuestro. Creo que no estamos acostumbrados a rezar para que sanemos nuestras heridas del pasado, para que aprendamos a vivir con los desprecios que recibimos, para que descubramos las debilidades que tenemos, para que reconozcamos que no somos omnipotentes, para que hagamos silencio cuando nos insultan. En fin, el Espíritu puede hacer mucho por nosotros, y más de lo que nos imaginamos.

Creo que más de una vez hemos recortado palomitas o llamitas de fuego para el día de Pentecostés, o el día de la Confirmación. Es bueno hacerlo porque ayuda a recordar de algún modo al Espíritu. Pero tenemos que dar pasos más profundos como cristianos si es que realmente creemos que el Espíritu del Padre y del Hijo puede transformar nuestra capacidad de amar. Somos templo del Espíritu Santo, es decir que Dios mismo ha decidido alojarse en nuestro corazón. Y esto es algo grandioso: que un Dios tan grande decida vivir en nuestro corazón tan pequeño, realmente es un regalo que supera todo lo que podamos imaginar.